

# ¿QUÉ SIGNIFICA PARA DIOS LA PASIÓN DE CRISTO? UNA TEOLOGÍA MODERNA DE LA CRUZ

## 1. Una aproximación personal a “Dios después de Auschwitz”

Recordaré siempre el inexorable crimen contra el pueblo judío y la catástrofe moral de mi pueblo alemán que lleva el nombre vergonzoso de “Auschwitz”, porque esto sucedió en mi generación. Nunca olvidaré las imágenes de los esqueletos hambrientos, torturados y muertos en el campo de concentración de Bergen-Belsen, que nos mostraron cuando éramos prisioneros de guerra en Inglaterra en octubre de 1945. Al principio era para nosotros increíble, pero era verdad: Estos crímenes fueron cometidos en nombre de mi pueblo y nosotros fuimos enviados al frente para que ellos se pudieran cometer.

No olvidaré jamás el recorrido a través de los restos y las ruinas del campo de la muerte de Maidanek, cerca de Lublin, Polonia, en noviembre de 1961. Yo había ido como editor de una publicación para la reconciliación entre los pueblos alemán y polaco, y de pronto me encontré solo en el camino a las cámaras de gas. A cada paso se me hacía más pesado avanzar y ver los miles de zapatos de niños, los montones de cabellos y de dientes. Yo sentía que prefería hundirme en la tierra de vergüenza antes que seguir adelante. Entonces tuve una visión: vi la multitud asesinada, los niños, las mujeres y los viejos levantarse y venir hacia mí preguntando: ¿POR QUÉ? En ese momento y en ese lugar de crimen y de muerte me sentí seguro de la resurrección de los muertos. Desde entonces sé que en Alemania tenemos que vivir en la presencia de los muertos de Maidanek y de Auschwitz. El horror de los crímenes de Auschwitz tiene un gran peso sobre mí y sobre muchos de

---

\* Profesor emérito de Teología sistemática en la universidad de Tübingen (Alemania), el teólogo protestante alemán nació el 8 de abril en Hambourg. Autor de una obra teológica importante, recibió el premio Grawemeyer por su libro *La venue de Dieu*. La que publicamos es la última de tres conferencias que dio en marzo de 2010 en la iglesia americana de París. Tradujo del inglés la Hna. María Eugenia Suárez, osb, Abadía Nuestra Señora de la Esperanza, Rafaela, Santa Fe, Argentina.

mi generación y de las generaciones siguientes de Alemanes, desde el fin de la guerra. No es por nada que en el centro de la antigua y de la nueva capital de Alemania, Berlín, no hay monumento para “El Soldado desconocido” sino el memorial de Auschwitz. Nosotros no vivimos en una Alemania-post-guerra sino en una Alemania-post- Auschwitz.

### ¿Cómo podemos hablar de Dios después de Auschwitz?

Ha pasado mucho tiempo antes de que los sobrevivientes judíos hablen de esta cuestión. Recuerdo haber oído a Richard Rubenstein, que quería dejar atrás el “Dios de la Historia”, preguntar: “¿Cómo puedo levantar a los niños judíos después del Holocausto?”. También recuerdo una discusión con Emil Fackenheim que insistía en la creencia judía en Dios, argumentar: Nosotros no podemos dar a Hitler una “victoria póstuma”. Hitler no sólo quiso matar a Israel sino también al Dios de Israel.

¿Cómo podemos orar y hablar de Dios “después de Auschwitz”? La solución, ¿es el ateísmo? ¿Dios “ha muerto” después de Auschwitz? O bien, ¿es que muchos han perdido su confianza en Dios después de este crimen y el silencio del cielo? Encontré ayuda en el libro de Elie Wiesel sobre su experiencia en Auschwitz, llamado *NIGHT*:

«Tres víctimas encadenadas, y una de ellas, el pequeño servidor, el ángel de los ojos tristes. Todos los ojos estaban fijos en el niño. Él estaba lívido, casi calmo, mordiéndose los labios. La horca arrojaba su sombra sobre él...

Los tres cuellos fueron colocados al mismo tiempo en los lazos corre-dizos. “Larga vida a la libertad” gritaron los dos adultos, pero el niño estaba silencioso.

“¿Dónde está Dios? ¿Dónde está Él?, preguntó alguien detrás de mí. A un signo del jefe del campo, las tres sillas se cayeron. Los dos adultos no vivieron mucho tiempo. Pero la tercera cuerda se movía todavía, siendo tan liviano, el niño estaba vivo todavía...

Detrás de mí oí al mismo hombre que preguntaba. “¿Dónde está Dios ahora?”. Y yo oí una voz en mi interior que le respondía: “¿Dónde está Él? Ahí está: Él está colgado aquí, en esa horca”. Esa noche la sopa tenía gusto a cadáveres ».

¿Es ésta una respuesta? ¿Sufrió Dios con las víctimas de Auschwitz? ¿Acaso Dios no estaba lejos en el cielo, sino en medio de las cámaras de gas? ¿Estaba Dios colgado allí en la horca? Yo tuve la impresión de que toda otra respuesta sería irrelevante. No puede haber otra respuesta. Hablar en este

punto de un Dios que no puede sufrir, haría de Dios un demonio. Hablar de un Dios indiferente nos haría indiferentes también a nosotros. Negar a Dios y volverse al ateísmo silenciaría el grito de las víctimas. El *Shema* de Israel y la Oración del Señor fueron rezadas en Auschwitz y por eso nosotros podemos rezar a Dios también después de Auschwitz. Dios estaba en sus oraciones.

¿Qué fue lo que sucedió en Auschwitz y en los campos de muerte? ¿Era esto pecado o delito, o algo más? ¿La maldad radical o algo más: algo perverso y atroz? ¿O algo que no podemos entender con la moral tradicional y los conceptos teológicos? Lo que sucedió realmente allí no podemos entenderlo con Dios ni sin Dios. Esta voluntad de aniquilación es como una dictadura de muerte: matar y matar y matar sin objeto ni fin: ¿no es esto el “eclipse de Dios”, el *Gottesfinsternis*, la NOCHE DE DIOS? Estas aniquilaciones no alcanzan solamente a los hombres sino que penetran profundamente en lo más hondo de Dios. El grito de las víctimas agonizantes es el grito hacia Dios, y quizás también el grito de Dios.

En Navidad de 2003 sucedió en Roma algo inesperado: Una especie de sombra de la oscuridad apocalíptica cayó sobre la Basílica de San Pedro. El Papa Juan Pablo II vio, de pronto, la noche del abandono de Dios venir sobre nuestro mundo y fue personalmente abrumado por el horror. Él dijo a los peregrinos:

“Junto a la violencia y al hambre existe una tragedia más grande: el silencio de la esperanza. Dios que ya no se revela más, que parece que se ha encerrado en el cielo, disgustado por la maldad de la humanidad. Ahora nos sentimos abandonados y solos, sin paz, sin salvación, sin esperanza. Las gentes, abandonadas a sí mismas, se sienten perdidas y agobiadas por el horror”.

Estas palabras tuvieron un eco en todo el mundo, especialmente en Alemania. El diario *DER SPIEGEL* recibió el choque y publicó un largo artículo. Y, señalando al profeta Jeremías, el Papa llamó al pueblo al arrepentimiento: “Vean la razón del silencio divino en su propia conducta pecadora”.

Pero, yo pregunto: ¿cómo podemos arrepentirnos y cambiar nuestra vida si Dios no está con nosotros, sino que se ha apartado de nosotros?

¿Dónde está Dios? ¿Es que Dios está lejos de nosotros, ausente, encerrado en su cielo? O bien, ¿está Dios entre nosotros, sufriendo con nosotros, clamando en nosotros, redimiéndonos del abandono?

Ya se ha abierto un acalorado debate teológico sobre esta pregunta: ¿Es Dios capaz de sufrir, o la Divinidad es impasible? Esta es mi reflexión:

## 2. Dios ¿puede sufrir?

Si seguimos la filosofía griega y nos preguntamos qué atributos son “apropiados” a la Divinidad (*theoprepes*), habría que excluir de la naturaleza divina la diferenciación, la diversidad, el movimiento, lo transitorio y el sufrimiento. La naturaleza divina es eterna, no temporal como la naturaleza humana. La naturaleza divina es inmortal, no mortal como somos nosotros. En la metafísica tradicional, la naturaleza divina es incapaz de sufrir, de otro modo no podría llamarse divina. El sujeto absoluto de la metafísica moderna también es incapaz de sufrir, de otro modo no sería absoluto. La impresión general es ésta:

Impasible, inmortal, inmóvil, no compuesta y autosuficiente, la Divinidad está frente a un mundo móvil, dividido, sufriente, mortal y nunca autosuficiente. Porque la substancia divina está sosteniendo un mundo de fenómenos transitorios. El sujeto divino permanece eternamente y entonces no puede estar sujeto al destino del mundo.

Éste es el llamado axioma metafísico de la apatía, formulado de manera tan influyente por Aristóteles en el libro 12 de su *Metafísica*.

Pero si volvemos a la tradición cristiana, encontramos en el centro de la historia de la Pasión de Cristo el sufrimiento y la muerte del “Hijo de Dios”. El Evangelio nos habla del sufrimiento de Cristo para la redención del mundo; la Eucaristía comunica el don de sí mismo de Cristo en forma de pan y vino por las víctimas y los esclavos del pecado. En todas partes donde la pasión de Cristo se hace presente entre nosotros en la Palabra y el Sacramento, la fe se despierta en nosotros. La fe cristiana en Dios, no solamente una cierta creencia en un poder trascendente sino la confianza en el Dios de Jesucristo. Es decir, nosotros creemos en Dios a causa de Cristo, porque el Padre de Jesucristo está implicado en la historia de la pasión de Cristo. ¿De qué manera? Si la Divinidad en general no puede sufrir, ¿cómo podemos ver en el sufrimiento de Cristo una revelación de Dios? Si Dios es apático por naturaleza ¿cómo puede tener Dios algo que hacer con la Pasión de Cristo?

La posibilidad de identificar a Dios con el sufrimiento de Jesús disminuye en proporción a la importancia que se le da al “axioma de la apatía” en la comprensión de Dios. Si Dios es *per se* incapaz de sufrir, entonces la pasión de Cristo puede ser vista solamente como la tragedia humana de un pobre hombre (judío) de Nazaret y no puede haber poder de redención en su pasión y su muerte.

Si queremos afirmar ambas cosas: la impasibilidad de Dios y la pasión del Hijo de Dios terminaríamos con paradojas como por ejemplo las de Bertrand Brassnet en su libro “The Suffering of the Impassible God”, London 1928.

Pienso que sería más coherente, dejar muy simplemente de hacer del

axioma metafísico de la apatía el punto de partida de nuestra reflexión sobre Dios y en su lugar comenzar por el axioma más bíblico de la pasión del Dios apasionado. La palabra pasión tiene el doble significado de sufrimiento y también del sentimiento o ardor irresistible. El Dios de Israel no es una Deidad apática en su lejano Olimpo, sino un Dios cercano a su pueblo y lleno de pasión, lleno de amor y de cólera, así como de compasión por su pueblo sufriente, lleno de pasión por la justicia en su tierra amada. También leemos en el Nuevo Testamento: *Dios es Amor*.

Dios no está más allá del amor y del odio. Dios no sólo ama, sino que es, en su misma esencia, o en su corazón, el amor que se dona a sí mismo.

¿Por qué la teología patrística ha retenido el axioma de la impassibilidad, mientras que la devoción cristiana en la misma época adoraba a Cristo crucificado como “mi Señor y mi Dios”? Podemos ver tres razones y comprenderlas:

1. La impassibilidad esencial de Dios distingue a la Divinidad de los seres humanos. Los seres humanos están sujetos al sufrimiento y mueren, la Divinidad no.
2. La salvación es nada menos que la deificación de los seres humanos, dándoles una participación en la vida eterna. La vida eterna es vida inmortal y en consecuencia, también vida sin sufrimiento.
3. La apatía es la naturaleza divina y el cumplimiento del deseo humano de la vida eterna.

Lógicamente, sin embargo, estos argumentos son insuficientes porque toman en cuenta solamente una única alternativa: o bien la incapacidad esencial de sufrir o la sujeción fatal al sufrimiento. Hay, sin embargo, una tercera forma de sufrimiento. Sufrimiento activo, creativo, es decir, la voluntad de abrirse uno mismo a ser tocado, movido y afectado por otros y esto significa el sufrimiento de un amor apasionado.

Si Dios fuera incapaz de sufrir en todos los aspectos, Dios sería también incapaz de misericordia y amor. Si Dios es amor, entonces Dios se abre al sufrimiento que implica ese amor por otros. Dios no sufre —como nosotros— por causa de una deficiencia de ser; Dios sufre por su amor a sus creaturas y a su pueblo, y su amor es la sobreabundancia desbordante de la divina bondad. Y en este sentido del amor, Dios puede sufrir, sufrirá y está sufriendo en nosotros, con nosotros y por nosotros. El corazón de Dios está lleno de compasión.

Citando nuevamente al Papa Juan Pablo II: “Jesús es el redentor, en cuyo ser humano se refleja el sufrimiento de Dios... el dolor de Dios encuentra su plena expresión humana en Cristo crucificado”. Y él lo llamó así: “El misterio paradójico de Amor: En Cristo Dios sufre” (Encíclica *Dominum et Vivificantem* de 1986, 38, 41, 49).

### 3. Dios ¿es apático?

En el mundo antiguo, la cristiandad primitiva encontró la *apatheia* no sólo como axioma metafísico sino también como ideal ético del hombre sabio. Esto significaba la libertad del espíritu respecto a las influencias exteriores, así como de las necesidades interiores y los instintos del cuerpo. Significaba también soberanía del espíritu frente al mundo exterior e interior. Por el contrario, *pathos* designaba las necesidades, compulsiones, pulsiones, dependencias, bajas pasiones. Dios es soberano, luego Dios es apático. Como ser perfecto Dios no tiene emociones, no tiene necesidades, no tiene dependencias. Dios no conoce ni cólera ni favor. Para ser semejante a este Dios el hombre sabio debe superar las necesidades y pulsiones y llevar una vida libre de perturbaciones y temores, libre de cólera y de amor, es decir, en *apatheia*. Ésta es en esencia la ética estoica. En la lucha por adquirir la virtud de la *apatheia* y su carácter intocable, el hombre sabio adquiere lo que Dios posee por naturaleza.

Hoy consideramos a la apatía como una enfermedad mental, desinterés por la vida, indiferencia en las relaciones sociales, un egoísmo monomaniaco, en resumen, un entumecimiento total.

Rabí Abraham Heschel describía la situación del Dios de los Profetas de Israel de manera diferente: ésta es la situación del *Pathos* de Dios y la simpatía del pueblo de Dios. Él llamaba a la teología de los grandes profetas de Israel una “teología patética”. En su *Pathos* el Todopoderoso sale de sí mismo y está con sus creaturas y en alianza con su pueblo en la tierra. Dios es afectado por los acontecimientos, las acciones humanas y los sufrimientos de la historia porque Dios está interesado en sus creaturas y en su pueblo. Dios ya ha salido de sí mismo al crear un mundo, no divino, pero un mundo bueno. En su alianza Dios entra en el mundo de su pueblo.

*He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto y he escuchado su clamor... pues ya conozco sus sufrimientos. He bajado para librarle... y subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel (Ex 3,7.8).*

Heschel llama a esta relación de Dios con su pueblo el *Pathos* de Dios. Éste está fundado en la libertad de Dios y expresa su interés por su pueblo amado. Dios toma tan en serio a sus bien amados que sufre por las contradicciones de su pueblo y comparte sus aflicciones. La cólera de Dios es el amor herido de Dios y una expresión de su interés. Lo opuesto al amor no es la cólera, sino la indiferencia. El amor y la cólera no se equilibran. La experiencia del pueblo es que la cólera dura un momento y su gracia toda la vida. Permítasenos preguntar una vez más: ¿Dónde está Dios? La respuesta es: “*En lo excelso y sagrado yo moro y estoy también con el humillado y abatido de espíritu*” (Is 57,15).

Dios habita en el cielo y habita con el pobre y el humillado. Esto es llamado por Abraham Heschel la teología dipolar de los Profetas. Como parte de la alianza de Dios con Israel está su promesa, no sólo: “Yo seré su Dios” sino también: “habitaré entre los israelitas”. Esta “inhabitación de Dios” fue llamada más tarde la *Shekhina*: en esta inhabitación el Eterno comparte la opresión y los sufrimientos de su pueblo. Dios acompaña a Israel en los exilios de este mundo, y Dios regresará con Israel a la tierra prometida.

En su *Shekhina* Dios se entrega a su pueblo, sufre con él sus sufrimientos, se extravía con sus extravíos (Franz Rosenzweig, *The Star of Redemption*). Elias Wiesel cuenta una antigua historia judía:

«Cuando el Santo, bendito sea, venga a librar a los hijos de Israel de su destierro, ellos le dirán: “Señor del universo, fuiste Tú quien nos dispersó primero entre las naciones sacándonos de nuestra patria; y ¿eres Tú nuevamente quien nos lleva otra vez de vuelta?”. Y el Santo, bendito sea, dirá a los hijos de Israel: “Cuando yo vi que ustedes dejaron mi morada, Yo también la dejé, para poder regresar junto con ustedes”».

En la esfera y bajo la influencia del Dios apático, los seres humanos también se vuelven apáticos. Situados en el *Pathos* de Dios y bajo la influencia de la *Shekhina* de Dios, nosotros nos volvemos seres simpáticos. La simpatía es la apertura de una persona hacia otra. La simpatía es compasión y tiene una estructura dialogal. La simpatía no es la libertad del espíritu que trasciende el mundo sino la libertad del corazón que da vida. Por nuestra simpatía nos comprometemos en la vida como Dios en su *Pathos*. Nosotros correspondemos al *Pathos* Divino con nuestra simpatía que abraza la vida. Y con esas ideas judías de Abraham Heschel estamos ya muy cerca del mensaje del Nuevo Testamento: *Dios es Amor y quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios permanece en él (o ella) (1 Juan 4,16)*.

#### 4. ¿Qué significa para Dios la crucifixión de Cristo?

Lo que los cristianos puedan decir acerca de “Dios después de Auschwitz” corresponderá a lo que puedan decir con respecto a Dios después del Gólgota. ¿Qué podemos decir acerca de Dios al escuchar el grito de muerte: *Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* ¿Podemos responder a esta pregunta? ¿Podemos abandonar esta pregunta porque no hay respuesta, o podemos apropiarnos de este grito?

François Mauriac, el poeta católico francés, padre espiritual del joven Elías Wiesel, reconocía ya la correspondencia entre la escena de la muerte en la horca del niño judío y el Gólgota diciendo: “¿Hablé de ese otro israelita,

su hermano, el Crucificado, cuya Cruz ha conquistado el mundo? ¿Afirmé que la piedra de tropiezo a su fe era la piedra angular de la mía y que la conformidad entre la cruz y el sufrimiento del hombre era a mis ojos la llave para ese impenetrable misterio?”.

Tradicionalmente nosotros preguntamos solamente qué significa para nosotros y para nuestra redención la Pasión de Cristo. Ahora vamos a invertir el interrogante a fin de preguntarnos qué significan el sufrimiento y la muerte del Hijo de Dios para el Dios que Jesús llamó tan íntimamente “*Abba*, querido Padre”. Si Jesús murió con el grito del abandono de Dios, ¿qué podía significar esto para Dios, su querido Padre? Yo creo que Él debía tener una experiencia equivalente en profundidad a la de abandono de su único Hijo amado.

A veces los cuadros son más elocuentes que los argumentos. Las imágenes religiosas tienen un lenguaje metafórico. Por eso me volveré ahora hacia los cuadros medievales de la pasión de Cristo.

En primer lugar tenemos cuadros de Dios Padre llevando a Jesucristo, su hijo muerto, en sus brazos. Cristo es bajado de la cruz y no hay vida en él, sus brazos y piernas cuelgan. Pero Dios Padre lo abraza con una expresión de amor y de profunda aflicción. Este cuadro se titula “La pena de Dios” o “La compasión del Padre”. Es la contracara de la muy conocida *Pietà*, donde María, la madre, sostiene a Jesús, su Hijo muerto sobre sus rodillas, mirándolo con profundo amor y tristeza. Tenemos la *Pietà* de Miguel Ángel en San Pedro en Roma, pero ese cuadro está en todas partes en las iglesias cristianas. Sobre el rostro de María vemos reflejada la imagen de la pena de Dios, la compasión de Dios, llamado por Jesús “*Abba*, querido Padre”.

Otro famoso cuadro medieval es el llamado “Sede de la misericordia” o “Trono de la Gracia”. Con una expresión de intensa pena, Dios Padre lleva en sus manos la viga transversal de la cruz sobre la cual está suspendido, muerto, el Hijo de Dios, y el Espíritu Santo está descendiendo del rostro del Padre al rostro del Hijo en forma de paloma. Esta es la imagen de la Trinidad en occidente con la cruz en el centro. Esto nos está diciendo que el fondo teológico de lo que está pasando realmente en el Gólgota es lo que pasa entre Jesús y Dios Padre. Por otra parte, nos está diciendo que Cristo crucificado es la revelación del misterio trinitario de Dios.

Pero, ¿Cuál es la situación que se muestra en este cuadro del “Trono de la Gracia”? Dios Padre llevando la cruz de su Hijo, Cristo muerto colgando en esa cruz y el Espíritu Santo descendiendo en ese momento. Es la situación del “Sábado Santo”, el día del místico silencio entre el grito de muerte de Cristo el Viernes Santo y el júbilo de la resurrección de Cristo en la mañana de Pascua. Esta es una situación que quita el aliento: ella muestra la muerte de Cristo en el seno de Dios trino. ¿Muerte en Dios? Hay un famoso Himno alemán de Johann Rist para meditar el Sábado Santo:



“Oh gran dolor, Dios mismo yace muerto,  
Él murió sobre la cruz.  
Así ganó el reino de los cielos  
por amor a nosotros”.

Nosotros lo tenemos todavía en nuestro libro de himnos protestante. El gran filósofo Hegel lo recogió diciendo que “Dios está muerto” es una estación en la historia de Dios. Nietzsche y la Teología de la “muerte de Dios” en los Estados Unidos lo siguieron. Pero ellos olvidaron la situación del Sábado Santo y no entendieron el marco trinitario de lo que pasó realmente entre el Jesús muerto en el Gólgota y el Dios a quien él llamaba “*Abba*, querido Padre”.

La cruz en Dios y Dios en la cruz: yo creo que nosotros debemos sondear las profundidades de esta pena de Dios para sentir el júbilo sin medida del Oriente respecto de la alegría de Dios y de toda la creación. Y con esto voy a terminar ahora las meditaciones sobre la Pasión de Cristo. No debemos aislar la pasión de Cristo de su resurrección. Hay una respuesta al grito de muerte de Jesús abandonado por Dios sobre la cruz: ésta no es una respuesta teórica a la cuestión del ¿POR QUÉ?, sino una respuesta real: la resurrección de entre los muertos y la victoria sobre la muerte, la destrucción del infierno y la redención de los que estaban perdidos.

“La muerte ha sido devorada en la victoria.  
Oh muerte ¿dónde está tu aguijón?  
Oh infierno ¿dónde está la victoria?”.

## 5. La cruz de Cristo a la luz de la Resurrección de Dios

El secreto objetivo de mis reflexiones sobre la pasión de Cristo en el horizonte de la pasión-historia de la humanidad en estos días, era alcanzar la profundidad y la amplitud de la alegría pascual. En la tradición de los iconos ortodoxos la resurrección de Cristo comienza en el infierno, con Adán y Eva a derecha e izquierda, para arrancar a toda la humanidad de las tinieblas. La resurrección de Cristo no es un acontecimiento personal de Cristo solo, es un acontecimiento cósmico que abraza toda la creación. Es el comienzo de la promesa: *He aquí que hago nuevas todas las cosas, y ya no habrá gritos, ni llanto porque la muerte ya no existirá* (cf. *Ap* 21,4-5).

La profundidad del abandono de la cruz y la altura de la resurrección de Cristo no se pueden comparar: “Mucho más”, insiste siempre el apóstol Pablo: *Pollo malon. Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia* (*Rm* 5,20). *Y Cristo, el que murió por nosotros, más aún, el que resucitó* (*Rm* 8,34). Esto

puede llamarse el plus-valor de la vida sobre la muerte, de la victoria de Dios sobre la derrota nuestra, de los humanos, de la alegría sobre la pena. Yo aprendí la lógica de la Esperanza, del “mucho más” del filósofo Paul Ricoeur en París.

El Viernes Santo está en el centro de este mundo, pero la Mañana de Pascua es el amanecer de la resurrección de Dios y la llegada de la justicia de Dios. El futuro de Dios comienza con el fin de Cristo. En el fin está el nuevo comienzo. Yo amo la liturgia pascual ortodoxa con este himno:

“Ahora todo está lleno de luz,  
El cielo y la tierra y el reino de la muerte.  
Toda la creación se regocija en la resurrección de Cristo.  
Abrcémonos unos a otros.  
Por causa de la resurrección se nos perdonará todo.  
Y así podemos clamar:  
Cristo ha resucitado de entre los muertos”.

*Biesinger Straße 25  
72070 Tübingen  
Alemania*